

# LA MULA Y EL BUEY

## Cuento de Navidad por Benito Pérez Galdós

---

Publicamos a continuación un emotivo cuento navideño original de Benito Pérez Galdós: La Mula y el Buey. Se publicó por primera vez en "La Ilustración Española y Americana", Madrid, el 22 de diciembre de 1876. Posteriormente integró una selección de prosistas modernos hecha en el año 1922 por Enrique Díez Canedo y luego apareció en las Obras Completas de Galdós publicadas por la editorial Aguilar. La edición de Díez Canedo ofrece variantes con respecto a la primera, seguramente realizadas por el propio escritor isleño. Por su evidente sabor primigenio aquí reproducimos la aparecida en "La Ilustración Española y Americana".

---

### I

Dejó de quejarse la pobrecita, movió la cabeza, fijando los tristes ojos en las personas que rodeaban su lecho, extinguióse poco a poco su aliento, y expiró. El Ángel de la Guarda, dando un suspiro, alzó el vuelo y se fue.

La infeliz madre no creía tanta desventura; pero el lindísimo rostro de Celinina se fue poniendo amarillo y diáfano como cera; enfriáronse sus miembros y quedó rígida y dura como el cuerpo de una muñeca. Entonces llevaron fuera de la alcoba a la madre, al padre y a los más inmediatos parientes, y dos o tres amigas y las criadas se ocuparon en cumplir el último deber con la pobre niña muerta.

La vistieron con su mejor traje, hermosa pieza blanca como una nube, y toda llena de encajes y rizados que la asemejaban a espuma. Pusieronle los zapatos, que eran blancos también y apenas tenían ligeramenta gastada la suela, señal de haber dado pocos pasos, y después tejieron con sus admirables cabellos de color castaño oscuro, graciosas trenzas enlazadas con cintas azules. Buscaron flores naturales, mas no hallándolas por ser tan impropia de ellas la estación, tejieron una linda corona con flores de tela, escogiendo las más bonitas y las que más se parecían a verdaderas rosas frescas cogidas en el jardín.

Un hombre antipático trajo una caja poco mayor que la de un violín, forrada de seda azul con galones de plata, y por dentro guarnecida de raso blanco. Colocaron dentro a Celinina, sosteniendo su cabeza en una preciosa y blanda almohada para que no estuviese en violenta postura, y una vez que la acomodaron bien en su fúnebre lecho, cruzaron sus manecitas, atándolas con una cinta, y entre ellas le pusieron un ramo de rosas blancas, tan hábilmente hechas por el artista que parecían hijas del mismo Abril.

Luego las buenas mujeres aderezaron una mesa, cubriéndola con vistosos paños de modo que se pareciese a un altar, y sobre ella fue puesta la caja. En breve tiempo armaron unos al modo de doseles de iglesia, con ricas cortinas blancas que se recogían gallardamente a un lado y otro; trajeron de otras piezas cantidad de santos e imágenes piadosas, que ordenadamente distribuyeron sobre el altar, como formando el cortejo funerario del ángel difunto, y sin pérdida de tiempo encendieron algunas docenas de luces en los grandes candelabros de la sala, los cuales en torno a Celinina derramaban tristísima claridades. Después de besar repetidas veces las heladas mejillas de la pobre niña, dieron por terminada su piadosa obra.

### II

Allá en lo más hondo de la casa sonaban gemidos de hombres y mujeres. Era el triste lamentar de los padres, que no podían convencerse de que fuera verdad el aforismo angelitos al cielo que los amigos administran como calmante moral en tales trances. Los padres creían entonces que la verdadera y más propia morada de los angelitos era la tierra, y tampoco podían admitir la teoría expresada ardentemente por los amigos de que es mucho más lamentable y desastrosa la muerte de los grandes que la de los pequeños. Ellos sentían mezclada a su dolor la profundísima lástima que inspira la agonía de un niño, y no veían que ninguna pena superase a aquella que destrozaba sus entrañas.

Mil recuerdos e imágenes dolorosas los herían, tomando forma de agudísimos puñales que les traspasaban el corazón. La madre oía sin cesar la encantadora media lengua de Celinina, diciendo las cosas al revés, y haciendo de las palabras de nuestro idioma graciosas caricaturas filológicas que afluían de su linda boca como la música más tierna y

melodiosa que puede conmover el corazón de una madre. Nada caracteriza a un niño como su estilo, aquel genuino y particularísimo modo de expresarse y decirlo todo con cuatro letras, y aquella gramática prehistórica, como los primeros vagidos de la palabra en los albores de la humanidad, y su sencillo arte de declinar y conjugar, que parece la rectificación inocente de los idiomas desregularizados por el uso. El vocabulario de un niño de tres años, como Celinina, forma parte del tesoro de las familias. ¿Cómo había de olvidar la madre aquella lengüecita de trapo, que llamaba al sombrero tumeyo y al garbanzo babancho?

Para colmo de aflicción, vióse la buena señora rodeada de los objetos con que Celinina había alborozado sus últimos días, y como éstos eran los que preceden a Navidad, rodaban por el suelo pavos de barro con patas de alambre, un San José sin cabeza, un pesebre con el niño Dios, semejante a una bolita de color de rosa, y un Rey Mago montado en arrogante camello sin patas. Lo que habían trabajado aquellas pobres figuras en los ocho últimos días, arrastradas de aquí para allí, puestas en esta o en la otra forma, sólo Dios, la madre y el purísimo espíritu que había volado al cielo lo sabían.

Estaban las rotas esculturas impregnadas, digámoslo así, del alma de Celinina, o vestidas, si se quiere, de una singular claridad muy triste, que era la claridad de ella. La pobre madre las miraba y temblaba toda, sintiéndose herida en lo más delicado y sensible de su íntimo ser. ¡Extraña alianza de las cosas! ¡Cómo lloraban aquellos pedazos de barro! ¡Cómo estaban llenos de una aflicción vivísima, y tan doloridos que su vista sola producía tanta amargura como el espectáculo de la misma criatura moribunda, cuando mirando con suplicantes ojos a sus padres parecía espe-

rar de ellos que le quitasen aquel horrible dolor de su frente abrasada! Más triste que todas las cosas del mundo era para la madre aquel pavo con patas de alambre clavadas en tablilla de barro, y que en los frecuentes cambios de postura había perdido el pico y el moco.

Por fin, una mano caritativa, recogiendo los tristes objetos, los llevó fuera.

### III

Pero si era aflictiva la situación de espíritu de la madre, éralo mucho más la del padre. Aquella estaba traspasada de dolor; en éste el dolor se agravaba con un remordimiento agudísimo. Contáremos brevemente el peregrino caso, advirtiendo que esto quizás parecerá en extremo pueril a algunos; pero a los que tal crean les recordaremos que nada es tan ocasionado a puerilidades como un verdadero e íntimo dolor puro, de esos en que no existe mezcla alguna de intereses de la tierra, ni el desconsuelo secundario de los deseos no cumplidos o de los caprichos por satisfacer.

Desde que Celinina cayó enferma, sintió el afán de las poéticas fiestas que más alegran a los niños, las fiestas de Navidad. Ya se sabe con cuánta ansia desean la llegada de estos risueños días, y cómo los trastorna el febril anhelo de los regalitos, de los nacimientos y las placenteras esperanzas del mucho comer y del atracarse de pavos, mazapanes, peladillas y turrón. Algunos se creen capaces, con la mayor buena fe, de embuchar en sus estómagos cuanto ostentan la Plaza Mayor y sus inmediaciones.

Celinina en sus ratos de mejoría no dejaba de la boca el tema de la Pascua, y como sus primitos, que iban a acompañarla, eran de más edad y sabían prodigios en todo lo concerniente a regalos y nacimientos, se alborotaba más la fantasía de la pobre niña oyéndolos, y más se encendían sus afanes de poseer todo lo que la industria crea en esta quincena de locuras. Delirando, cuando la metía en su horno de martirios la fiebre, no cesaba de nombrar lo que de tal modo ocupaba su espíritu, y todo era golpear tambores, tañer zambombas, cantar villancicos. En la esfera tenebrosa que rodeaba su mente no había sino pavos que hacían clau clau; pollos que gritaban pío pío; montes de turrón que llegaban al cielo formando una especie de Guadarrama de almendras; nacimientos llenos de luces y que tenían lo menos cincuenta mil millones de figuras; ramos de dulce; árboles cargados de cuantos juguetes puede idear la más fecunda imaginación tirolesa; el estanque del Retiro lleno de sopa de almendras; besugos que miraban a las cocineras con sus atónitos ojos cuajados; naranjas que llovían del cielo, cayendo en más abundancia que las gotas de agua en día de temporal, y otros mil prodigios que no tienen número ni medida.

### IV

El padre, por no tener más chicos que Celinina, no cabía en sí de inquieto y desasosegado. Sus negocios le llamaban fuera de la casa; pero muy a menudo entraba en ella para ver cómo iba la enfermita. El mal seguía su marcha con traidoras alternativas; unas veces dando esperanzas de remedio, otras quitándolas.

El buen hombre tenía presentimientos tristes, y el lecho de Celinina, con la

tierna persona agobiada en él y atormentada por la fiebre y los dolores, no se apartaba de su imaginación. Atento a lo que, regocijando el espíritu de su hija, pudiera contribuir a curarla, todas las noches, cuando regresaba a la casa, le traía algún regalito de Pascua, variando siempre de objeto y especie; pero prescindiendo siempre de toda golosina. Trájole un día una manada de pavos, tan al vivo labrados, que no les faltaba más que graznar; otro día sacó de los bolsillos la mitad de la Sacra Familia, y al siguiente a San José con el pesebre y portal de Belén. Después vino con unas preciosas ovejas a las que conducían gallardos pastores, y luego se hizo acompañar de unas lavanderas que lavaban, y de un chorricero que vendía chorizos, y de un Rey Mago negro, al cual sucedió otro de barba blanca y corona de oro. Por traer, hasta trajo una vieja que daba azotes en cierta parte a un chico, por no saber la lección.

Celinina, sabedora por las instrucciones y el continuo charlar de sus primos de todo lo necesario a la buena



Dibujo alusivo al Invierno, original de don Benito Pérez Galdós

composición de un nacimiento, conoció que aquella obra estaba incompleta por la falta de dos figuras muy principales, la mula y el buey. Ella no sabía lo que significaban la tal mula ni el tal buey; pero atenta a que todas las cosas fuesen perfectas, reclamó una y otra vez del solícito padre los dos animales que se habían quedado en Santa Cruz.

El prometió traerlos, y en su corazón hizo propósito firmísimo de no volver sin ambas bestias; pero aquel día, que era el 23, los asuntos y quehaceres se le aumentaron de tal modo que no tuvo un punto de reposo. Además de esto, quiso el Cielo que se sacase la lotería, que tuviera noticia de haber ganado un pleito, que dos amigos cariñosos le embarazaran toda la mañana... en fin, el padre entró en la casa sin la mula, pero también sin el buey.

Gran desconsuelo mostró Celinina al ver que no venían a completar su teso-

ro las dos únicas joyas que en él faltaban. El padre quiso al punto remediar su falta; mas la niña se había agravado considerablemente durante el día; vino el médico, y como sus palabras no eran tranquilizadoras, nadie pensó en bueyes, mas tampoco en mulas.

El 24 resolvió el pobre señor no moverse de la casa. Celinina tuvo por breve rato un alivio tan patente que todos concibieron esperanzas, y lleno de alegría el padre exclamó: "Voy al punto a buscar eso."

Pero como un ave herida después de haber remontado el vuelo a lo más alto, cae rápidamente, así cayó Celinina en las honduras siniestras de una fiebre muy intensa. Se agitada trémula y sofocada en los brazos ardientes de la enfermedad, que la constreñía sacudiéndola para expulsar la vida. En la confusión de su delirio, flotaba, como el único objeto salvado de un cataclismo, sobre aquel revuelto oleaje de su pensamiento, la idea fija del deseo que no había sido satisfecho, de aquella codiciada mula y de aquel anhelado buey, que aún proseguían en estado de esperanza.

El papá salió medio loco, corrió por las calles; pero en mitad de una de ellas se detuvo, y dijo: "¿Quién piensa ahora en figurillas de nacimiento?"

Y corriendo de aquí para allá, subió escaleras, y tocó campanillas, y abrió puertas sin reposar un instante hasta que hubo juntado siete u ocho médicos, y los llevó a su casa. Era preciso salvar a Celinina.

### V

Pero Dios no quiso que los siete u ocho (pues la cifra no se sabe a punto fijo) alumnos de Esculapio contraviniesen la sentencia que él había dado, y Celinina fue cayendo, cayendo más a cada hora, y llegó a estar abatida, abrasada, luchando con indescribibles congojas, como la mariposa que ha sido golpeada y tiembla sobre el suelo con las alas rotas. Los padres se inclinaban junto a ella con afán insensato, cual si quisieran con la sola fuerza del mirar detener aquella existencia que se iba, suspender la rápida desorganización humana, y con su aliento renovar el aliento de la pobre mártir que se desvanecía en un suspiro.

Sonaron en la calle tambores y zambombas y alegre chasquido de panderos. Celinina abrió los ojos, que ya parecían cerrados para siempre, miró a su padre, y con la mirada tan sólo y un breve son que no parecía venir ya de lenguas de este mundo, pidió a su padre lo que éste no había querido traerle. Traspasados de dolor padre y madre quisieron engañarla, para que tuviese una alegría en aquel instante de suprema aflicción, y presentándole los pavos, le dijeron: —"Mira, hija mía, aquí tienes la mula y el buey."

Pero Celinina, aun muriendo, tuvo suficiente claridad en su entendimiento para ver que los pavos no eran otra cosa que pavos, y los rechazó con agraciado gesto. Después siguió con la vista fija en sus padres, y ambas manos en la cabeza señalando sus agudos dolores. Poco a poco fue extinguiéndose en ella aquel acompasado son, que es el último vibrar de la vida, y al fin todo calló, como calla la máquina del reloj que se para, y la linda Celinina fue un gracioso bulto, inerte y frío como mármol, blanco y inspa-

rente como la purificada cera que arde en los altares.

¿Se comprende ahora el remordimiento del padre? Si Celinina tornara a la vida, él hubiera recorrido la tierra entera para recoger todos los bueyes y todas, absolutamente todas, las mulas que la pueblan. La idea de no haber satisfecho aquel inocente deseo era la espada más aguda y fría que atravesaba su corazón. En vano con el raciocinio quería arrancársela; pero ¿de qué servía la razón, si era tan niño entonces como la que dormía en el ataúd, y su espíritu en aquella ocasión lastimosa daba más importancia a un juguete que a todas las cosas de la tierra y del cielo?.

## VI

En la casa se apagaron al fin los rumores de la desesperación, como si el dolor, internándose en el alma, que es su morada propia, cerrara las puertas de los sentidos para estar más solo y recrearse en sí mismo.

Era Nochebuena, y si todo callaba en la triste vivienda recién visitada de la muerte, fuera, en las calles de la ciudad alborozada, y en todas las demás casas, resonaban placenteras bullangas de groseros instrumentos músicos y vocería de chiquillos y adultos cantando la venida del Mesías. Desde la sala donde estaba la niña difunta, las piadosas mujeres que le hacían compañía oyeron espantosa algazara, que al través del pavimento del piso superior llegaba hasta ellas, conturbándolas en su pena y devoto recogimiento. Allá arriba muchos niños chicos congregados con mayor número de niños grandes y felices papás y alborozados tíos y tías celebraban la Pascua, locos de alegría ante el más admirable nacimiento que era dado imaginar, y atentos al copioso fruto de juguetes y dulces que en sus ramas llevaba un frondoso árbol con mil vistosas candilejas alumbrado.

Hubo momentos en que, con el grande estrépito de arriba, parecía que retemblaba el techo de la sala, y que la pobre muerta se estremecía en su caja azul, y que las luces todas oscilaban cual si a su manera quisieran dar a entender también que estaban alegres. De las tres mujeres que velaban se retiraron dos; quedó una sola, y ésta, sintiendo en su cabeza grandísimo peso, a causa sin duda del cansancio producido por las vigillas de noches anteriores, tocó el pecho con la barba y se durmió.

Las luces siguieron oscilando y moviéndose mucho, a pesar de que no entraba aire en la habitación. Creerfase que invisibles alas se agitaban en el espacio ocupado por el altar. Los encajes del vestido de Celinina se movieron también, y las hojas de sus flores de trapo anunciaban el paso de una brisa juguetona o de manos muy suaves. Entonces Celinina abrió los ojos.

Sus ojos negros llenaron la sala con una mirada tan viva como afanosa que echó en derredor y de arriba abajo. Inmediatamente después separó las manos sin que opusiera resistencia la cinta que las ataba, y cerrando ambos puños se frotó con ellos los ojos, como es costumbre en los niños cuando despiertan. Luego se incorporó con rápido movimiento y sin esfuerzo alguno y, mirando al techo, se echó a reír; pero su risa, sensible a la vista, no podía orfrse. El

único rumor que fácilmente se percibía era una bullanga de alas vivamente agitadas, cual si todas las palomas del mundo estuvieran entrando y saliendo en la sala mortuoria y pasaran rozando con sus plumas el techo y las paredes.

Celinina se puso en pie, extendió los brazos hacia arriba, y al punto le nacieron unas alitas cortas y blancas. Batiendo con ellas el aire, levantó el vuelo y desapareció.

Todo continuaba lo mismo; las luces ardían, derramando en copiosos chorros la blanca cera sobre las arandelas; las imágenes devotas estaban en el mismo sitio, sin mover brazo ni pierna ni desplegar los austeros labios; la mujer continuaba sumida plácidamente en un sueño que debía saberle a gloria; todo seguía lo mismo, menos la caja azul, que se había quedado vacía.

## VII

¡Hermodiosa fiesta hay esta noche en casa de los señores de \*\*\*!

Los tambores atruenan la sala. No hay quien haga comprender a esos endiablados chicos que se divertirán mejor renunciando a la infernal bulla de aquel instrumento de guerra. Para que ningún humano oído quede en estado de funcionar al día siguiente, añaden al tambor esa invención del Averno llamada zambomba; cuyo ruido semeja a gruñidos de Satanás. Completa la sinfonía el pandero, cuyo atroz chirrido de calderilla vieja alborota los nervios más tranquilos. Y sin embargo, esta discorde algazara sin melodía y sin ritmo, mucho más rústica que la música de los salvajes, es alegre en aquesta singular noche, y tiene cierto sonsonete o dejo lejano de coro celestial.

El nacimiento no es una obra de arte a los ojos de los adultos; pero los chicos encuentran tanta belleza en las figuras, expresión tan mística en el semblante de todas ellas, y propiedad tanta en sus trajes, que no creen haya salido de manos de los hombres obra tan perfecta, y la atribuyen a la industria peculiar de ciertos ángeles dedicados a ganarse la vida trabajando en barro. El portal de corcho, que imita un arco romano en ruinas, es monísimo, y el riachuelo que pasa por delante y debe su existencia a un espejillo con manchas verdes que imitan acuáticas hierbas y el musgo de las márgenes, parecen que corre por la mesa abajo con plácido murmurio. El puente por do pasan los pastores es tal, que nunca se ha visto el cartón tan semejante a la piedra, al contrario de lo que pasa en muchas obras de nuestros ingenieros modernos, los cuales hacen puentes de piedra que parecen de cartón. El monte que ocupa el centro se confundiría con un pedazo de los Pirineos, y sus lindas casitas, más pequeñas que las figuras, y sus árboles figurados con ramitas de evónimus, dejan atrás a la misma Naturaleza.

En el llano es donde está lo más bello y las figuras más características: las lavanderas que lavan en el arroyo; los pavoros y polleros que conducen sus manadas; un guardia civil que lleva dos granujas presos; caballeros que pasean en lujosas carretelas junto al camello de un Rey Mago, y Perico el ciego tocando la guitarra en un corrillo donde curiosean los pastores que han vuelto del Portal. Por medio a medio pasa un tranvía lo mismo que el del barrio de Salamanca, y como tiene dos rails y sus ruedas, a

cada instante lo hacen correr de Oriente a Occidente con gran asombro del Rey Negro, que no sabe qué endiablada máquina es aquélla.

Delante del portal hay una lindísima plazoleta cuyo centro lo ocupa una redoma de peces, y no lejos de allí un chico vende La Correspondencia y bailan gentilmente dos majos. La vieja que vende buñuelos y la castañera de la esquina son las piezas más graciosas de este maravilloso pueblo de barro, y ellas solas atraen con preferencia las miradas de la infantil muchedumbre. Sobre todo, aquel chicuelo andrajoso que en una mano tiene un puñado de billetes del Pardo y con la otra le roba bonitamente las castañas del cesto a la tía Lambrijas, hace desternillar de risa a todos.

En suma, nada existe más bonito en todo Madrid que el nacimiento de aquella casa, que es de las más principales y ha reunido en sus salones a los niños más lindos y más juiciosos de veinte calles a la redonda.

## VIII

Pues ¿y el árbol? Está formado de ramas de encina y de pino. El solcítico amigo de la casa que lo ha compuesto con gran trabajo declara que jamás salió de sus manos obra tan acabada y perfecta. No se pueden contar los regalos pendientes de sus hojas. Son, según la suposición de un niño allí presente, en mayor número que las arenas del mar. Dulces envueltos en cáscaras de papel rizado; mandarinas, que son los niños de pecho de las naranjas; castañas arropadas en mantillas de papel de plata; cajitas que contienen tesoros homeopáticos de confitería; figurillas diversas a pie y a caballo, cuanto Dios crió para que lo perfeccionase luego la Mahonesa o lo vendiese Scropp, ha sido puesto allí por una mano tan generosa como hábil. Alumbran aquel árbol de la vida candilejas en tal abundancia que, según la relación de un convidado de cuatro años, hay allí más lucecillas que estrellas en el cielo.

El gozo de la caterva infantil no puede compararse a ningún sentimiento humano: es el gozo inefable de los coros celestiales en presencia del Sumo Bien y de la Belleza Suma. La superabundancia de satisfacción casi los hace juiciosos, y están como perplejos en seráfico arrobamiento, con toda el alma en los ojos, saboreando de antemano lo que han de comer, y nadando, como los ángeles bienaventurados, en éter puro de cosas dulces y deliciosas, en olor de flores y de canela, en la esencia increada del juego y de la alegría.

## IX

Mas de repente sintieron un rumor que no provenía de ellos. Todos miraron al techo y, como no vieron nada, se contemplaban los unos a los otros, riendo. Orase gran murmullo de alas rozando contra la pared y chocando en el techo. Si estuvieran ciegos, habrían creído que todas las palomas de todos los palomares del universo se habían metido en la sala. Pero no veían nada, absolutamente nada.

Vieron, sí, de súbito, una cosa inexplicable y fenomenal. Todas las figurillas del Nacimiento se movieron, todas variaron de sitio sin ruido. El coche del tranvía subió a lo alto de los montes, y los Reyes se metieron de patas en el arroyo. Los pavos se colaron sin permiso

dentro del Portal, y San José salió todo turbado cual si quisiera saber el origen de tan rara confusión. Después muchas figuras quedaron tendidas en el suelo. Si al principio las traslaciones se hicieron sin desorden, después se armó una barahúnda tal que parecían andar por allí cien mil manos afanosas de revolverlo todo. Era un cataclismo universal en miniatura. El monte se venía abajo, faltándole sus cimientos seculares; el riachuelo variaba de curso, y echando fuera del cauce sus espejillos, inundaba espantosamente el llano; las casas hundían el tejado en la arena; el Portal se estremecía cual si fuera combatido de horribles vientos, y como se apagaron muchas luces, resultó nublado el sol y oscurecidas las luminarias del día y de la noche.

Entre el estupor que tal fenómeno producía, muchos pequeñuelos reían locamente y otros lloraban. Una figura supersticiosa les dijo:

—¿No sabéis quién hace este trastorno? Hácenlo los niños muertos que están en el cielo, y a los cuales permite Padre Dios que esta noche vengan a jugar con los nacimientos.

Todo aquello tuvo fin, y después se sintió otra vez el batir de alas alejándose.

Acudieron muchos de los presentes a examinar los estragos, y un señor dijo:

—Es que se ha hundido la mesa y todas las figuras se han revuelto.

Empezaron a recoger las figuras y a ponerlo todo en orden. Después de minucioso recuento y de reconocer una por una todas las piezas, se echó de menos algo. Buscaron y rebuscaron, pero sin resultado. Faltaban dos figuras: la Mula y el Buey.

## X

Ya cercano el día, iban camino del cielo, más contentos que unas Pascuas, dando brincos por esas nubes, y eran millones de millones, todos preciosos, divinos, con alas blancas y cortas que batían más rápidamente que los más rápidos pájaros de la tierra. La bandada que formaban era más grande que cuanto puede abarcar la mirada en el espacio visible, y cubrían la luna y las estrellas, como cuando el firmamento se llena de nubes.

—A prisa, a prisa, caballeros, que va a ser de día, —dijo uno,— y Padre Dios nos va a reñir si llegamos tarde. No valen nada los nacimientos de este año... ¡Cuando uno recuerda aquellos tiempos!...

Celinina iba con ellos, y como por primera vez andaba en aquellas altitudes, se atolondraba un poco.

—Ven acá, —le dijo uno,— dame la mano y volarás más derecha... Pero ¿qué llevas ahí?

—La Mula y el Buey, —repuso Celinina oprimiendo contra su pecho dos groseros muñecos de barro.— Los he deseado tanto, que dije: "pensar que me he de ir al Cielo sin ellos es pensar en lo imposible."

—Mira, hijita, te ruego que tires esos muñecos. Bien se conoce que sales ahora de la tierra. Has de saber que, aunque en el Cielo tenemos juegos eternos y siempre deliciosos, Padre Dios nos manda al mundo esta noche para que enredemos un poco en los nacimientos. Allí arriba se divierten también esta noche, y yo creo que nos mandan abajo porque los mareamos un poco a causa del gran rui-

do que metemos... Pero si Padre Dios nos deja bajar y andar por las casas, es a condición de que no hemos de coger nada, y tú has cogido eso.

Celinina no se hacía cargo de estas poderosas razones, y apretando más contra su pecho los dos animales, dijo:

—Yo no los suelto.

—Mira, niña, —añadió el otro,— que si no haces caso nos vas a dar un disgusto. Baja en un vuelo, y deja eso, que es de la tierra y a la tierra debe volver. En un momento vas y vuelves, tonta. Yo te espero en esta nube.

Por fin Celinina cedió y, bajando, entregó a la tierra su hurto.

## XI

Por eso observaron que el precioso cadáver de Celinina, aquello que fue su persona visible, tenía en las manos, en vez del ramo de flores, una mula y un buey de barro. Ni las mujeres que la velaron, ni el padre, ni la madre, supieron explicarse esto; pero la linda niña, tan llorada de todos, entró en la tierra apretando en sus frías manecitas la Mula y el Buey.

# NAVIDAD, AQUI Y AHORA

**N**avidad en Canarias. Navidad con sol brillante y mar azul, desposeída de esos atributos tradicionales que escenifican la Navidad tradicional europea: el frío y la nieve, los abetos blancos, las chimeneas encendidas para proporcionar un ambiente acogedor dentro de las casas. Es la Navidad del Papa Noel con sus largas barbas blancas, su capuchón y sus graciosas botas para andar sobre la nieve. Pero la Navidad original nació más al sur, más al oriente. Nació en Belén, cuando una estrella luminosa se posó sobre el humilde portal en donde Dios se hacía Hombre. La Navidad de María, de José y del Niño Jesús, la redención etnocéntrica del género humano. Desde entonces han pasado casi dos mil años. Han surgido y han caído civilizaciones e imperios. Los hombres se han multiplicado por diez o por veinte, a pesar de las guerras, las plagas y las enfermedades. Millones de hombres han sido muertos por otros millones de hombres. Millones de víctimas y millones de asesinos. Determinados grupos humanos han empezado a dominar fantásticamente a la naturaleza. El mundo animal casi ha desaparecido. La especie humana es reina de la evolución. Es capaz de destruir a todos sus enemigos y de destruirse, también, a sí misma. En todo el planeta ya no hay límites para sus ambiciones y en cada lugar no hay límite para las ambiciones individuales de cada hombre. "Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad". ¿Acaso es la Navidad un accidente? ¿Hay tiempo para la reflexión? ¿Hay lugar para la buena voluntad? ¿Podemos acoger con honestidad el mensaje navideño?

Estamos en los días de los buenos deseos. Son días de ilusión para los niños, días de fiesta para los jóvenes, días de simpatía, de añoranza o de tristeza para los adultos. "Felices Pascuas, Prosperidad para el Nuevo Año", millones de labios pronuncian estas frases centenares de veces, pero ¿seríamos capaces de dar realidad en circunstancias concretas a estas expresiones? Los adultos ya sabemos que son solamente bonitas frases que el clima de la conmemoración nos lleva a pronunciar bien con sinceridad y a veces con entusiasmo, bien formulariamente. Y también sabemos que estos buenos deseos y esa aparente solidaridad no pasan, generalmente, de ser unas palabras tradicionales en el final del año que desaparecen al comenzar el próximo. De todas maneras, resulta hermoso que las gentes de estos pueblos situados en el mundo occidental coincidamos todos en estas fechas del año para desearnos lo mejor, la felicidad y la prosperidad.

Navidad en Canarias. Navidad con sol brillante y mar azul. Buena para el turismo y mala para la agricultura. Navidad cálida y luminosa, alegre y festiva. Como siempre las calles de nuestras capitales se decoran e iluminan para acoger a los millares y millares de personas que acuden a los comercios repletos de los más atractivos regalos. Navidad, Año Nuevo y Reyes, son días de ilusión en los que queremos satisfacer a nuestros allegados con el obsequio que más les gusta. Los niños han puesto todas sus lindas esperanzas en la mágica visita de los Reyes Magos. El hombre guarda cosas hermosas que debemos cultivar y admirar. Y para todos debe de valer el viejo mensaje cristiano: "Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad".